

Cromacio de Aquileya

TRATADOS

TRATADO 54

LA TRANSFIGURACIÓN

1. Luego sigue: *En verdad os digo, hay algunos de los que se encuentran aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que no vean al hijo del hombre venir en su reino. Y ocurrió, después de seis días, que tomó Jesús a Pedro, Santiago y su hermano Juan, los condujo aparte a un monte elevado y se transfiguró delante de ellos¹, y lo demás que sigue. Queriendo el Señor revelar a estos tres discípulos suyos la gloria de su majestad en la cual va a venir en su reino, los condujo aparte a un monte elevado y se transfiguró delante de ellos. Y resplandecía su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron tan blancos como la nieve. Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías que hablaban con Él. Pero el Señor hizo esto según su antigua y vieja costumbre. Pues como antaño el mismo Señor mostrara su gloria a Moisés en el monte², así también ahora reveló en el monte a los discípulos la gloria de su majestad, dándose a conocer como autor de los dos testamentos. Pero notemos bien cuán grande es ahora la sobreabundancia de la gracia del Señor.*

2. Antiguamente Moisés oró mucho y durante largo tiempo para ver la gloria del Señor. Pero ahora a los após-

toles se les eleva de modo espontáneo para observar la gloria del Señor. Y a Moisés que oró largamente le fue concedido esto como un hecho extraordinario; a los apóstoles, sin embargo, que no lo pedían, les fue concedido por el Señor mucho más, de modo que antes del día de la gloria contemplaran la gloria del Señor. Y era harto conveniente que el Señor revelara a los discípulos la llegada de su gloria incluso en su mismo aspecto exterior, porque ya antiguamente lo manifestó al santo Abraham, que deseaba ver su día, según lo que Él mismo dice en el Evangelio: *Abraham vuestro Padre deseó ver mi día. Y lo vio y se alegró*³.

Se transfiguró pues el Señor delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol y sus vestidos se hicieron blancos como la nieve. Después de muchos signos del poder divino, cuando ya los discípulos creían con fe perfecta, les mostró en el monte la gloria de su esplendor. En efecto, era necesario mostrar algo más a los discípulos que al pueblo. Pues se mostraba al pueblo como Dios por las obras, a los discípulos sin embargo hasta por el aspecto de la majestad divina. Los ojos todavía débiles y carnales del pueblo no podían soportar la vista del mismo esplendor divino, ya que no fueron capaces de soportarla ni los mismos discípulos, que ya estaban probados por la fe. En fin, también sucedió así antaño, cuando Moisés subía al monte, mientras el pueblo no fue ni siquiera capaz de escuchar la voz del Señor y dijo a Moisés: *Que no nos hable Dios, no sea que muramos*⁴; a Moisés sin embargo se le mostró incluso la gloria de la majestad.

3. Sin duda que la gloria del Señor se mostró antaño a Moisés en el monte y ahora a los apóstoles, pero no tan grande como es en aquella naturaleza divina e invisible, sino cuanta pueden contener los ojos todavía mortales. Además,

cuando antaño pidió Moisés que el Señor le mostrara su gloria, le dijo: *Verás mis espaldas, pero mi rostro no lo verás; pues no puede el hombre ver mi rostro y seguir vivo*⁵. Por tanto a Moisés se le mostró, no tanto cuanto era Dios, sino cuanto podía recibir Moisés. Y en verdad, si al poner nuestros ojos en la figura de este sol nuestro no podemos soportar su fulgor ni sus rayos, cuánto más no podrán soportar los ojos mortales la vista de aquella majestad divina⁶. Y ciertamente que vemos la luz del sol, pero no podemos soportar el fulgor mismo de sus rayos. Lo mismo el Hijo de Dios, que es el sol de justicia⁷, mostró a los apóstoles el esplendor de su majestad, pero no su misma naturaleza, que no puede ser vista en su totalidad por los ojos mortales. Finalmente se dijo: *Resplandeció su rostro como el sol*. Pues como la claridad del sol no puede compararse en nada al creador, es manifiesto que el Señor mostró a los apóstoles, como dijimos, tanto cuanto podían contener los ojos mortales de los apóstoles. Pues por esto el Hijo de Dios, bajando del cielo, recibió la naturaleza humana carnal: porque no podían soportar [su vista] en el esplendor de su divinidad. Es, en efecto, el sol de justicia, según lo que está escrito de Él: *Pero a vosotros que teméis su nombre os nacerá un sol de justicia, y la salud está en sus alas*⁸. Este sol de justicia, para poder ser visto, recibió un cuerpo humano, como si fuera una nube, según lo que se dijo: *He aquí que el Señor vendrá sobre una nube ligera*⁹. Aquí, ¿en qué nube se anunciaba que vendría el Señor, que es sin duda el sol de justicia, sino en la nube del cuerpo humano, por la que tapó la vista de la claridad divina? Pero así como el sol se cubre con una nube y, aunque no vemos cuán grande es, perma-

nece sin embargo inmutable en su naturaleza; así también el Hijo de Dios, aunque haya cubierto su claridad con la nube del cuerpo humano, sin embargo no deja de permanecer en la gloria de su divinidad.

Y resplandeció, dice, su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la nieve, para que se mostrara la potencia de su claridad divina, por la cual incluso sus vestidos se tornaron cándidos a semejanza de la nieve.

*Y he aquí que se les aparecieron, dice, Moisés y Elías que hablaban con Él*¹⁰. Ya antiguamente había prometido el Señor al mismo Moisés esta gloria de su visión diciendo: *Verás mi parte posterior*¹¹. Ciertamente esto de posterior¹² hacía referencia a lo que, en un momento posterior, después de la ascensión de su cuerpo, reveló al mismo Moisés.

4. Y sigue: *Respondiéndole Pedro, le dijo: «Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés, una para Elías»*¹³. Pedro, deleitado con el deseo de la gloria que había visto, no quería ya volver a la vivienda de este mundo, porque a la vista de una gloria tan grande comenzaba ya a tener horror al curso de la vida humana. Y por eso rogaba morar allí con el Señor. ¡Oh, qué religiosa impaciencia la de Pedro y qué prisa, en demasía acelerada! Por haber contemplado un momento la gloria del Señor en el monte, quería habitar con el Señor; él, a quien el Hijo de Dios había prometido el mismo reino en el cielo. Además, ¡cuán desatinado fue su deseo para decir al Señor: *Si quieres, hagamos aquí tres tiendas!* Quería hacerle una tienda en el monte al Hijo de Dios, que rei-

naba con el Padre en el cielo en un trono de gloria. ¿Acaso podía el Señor colocar en aquel monte la sede de su reino, Él que había preparado mansiones en el cielo¹⁴ para los que creen en Él? Y con razón añadió el evangelista: *No sabía lo que decía*¹⁵, pues antes de la pasión del Señor, antes del tiempo del reino, estando todavía sin destruir la muerte, quería reinar con el Señor. Ciertamente le era debido a Pedro reinar con el Hijo de Dios, pero todavía no había llegado el tiempo¹⁶. Pues no podía reinar con el Señor antes de pagar la deuda de la muerte. Ya que le era necesario antes padecer por Cristo y así alcanzar la gloria prometida¹⁷. Por eso no sin razón se dijo: *No sabía lo que decía*. Pues también al decir: *Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y una para Elías*¹⁸, en verdad que, deseoso en demasía de la gloria, no sabía lo que decía: pues no era digno que los siervos se igualaran al Señor. Y por eso no recibió respuesta del Señor, porque lo que decía era inconveniente.

5. *Todavía, dice, estaba hablando, y he aquí que una nube luminosa los cubrió. Y he aquí que una voz desde la nube dijo: «Este es mi Hijo en quien me he complacido. Escuchadlo».* Pero no es ahora la primera vez que se oye esta voz del Padre desde el cielo, en la que da testimonio del Hijo diciendo: *Este es mi Hijo*. Pues ya en el bautismo del Jordán se escuchó la misma voz del Padre desde el cielo; pero aquella voz la oyó sólo Juan¹⁹. Sin embargo ahora, a la voz del Padre que desde el cielo da testimonio del Hijo, asisten no ya uno sólo, sino cinco testigos, es decir los tres discípulos, el legislador Moisés y el profeta Elías.

Ahora bien, estando Moisés ya muerto²⁰, ¿cuál fue la causa de que también él acudiera como testigo a la vez que Elías? No faltó una razón. Era necesario que el Señor de todo el mundo, es decir de los seres celestes, terrestres e infernales²¹, tuviera testigos de todas las partes. Del cielo es el Padre testigo con su voz; de la tierra son elegidos tres apóstoles; desde los infiernos también Moisés es llamado a dar testimonio, porque Moisés murió. Y para que no quedara ningún lugar sin el testimonio del Señor, también Elías es traído del paraíso como testigo²². Y esto no sin causa. Pues como el Señor, que bajó del cielo, iba a padecer en el mundo e iba a bajar a los infiernos y de allí iba a ser enviado al paraíso, debió tener necesariamente testigos en la tierra, en el infierno y en el paraíso. Los apóstoles, en efecto, lo predicaron al mundo; Moisés lo anunció en los infiernos; el Padre recibió al Hijo en el cielo cuando volvía con el triunfo de la victoria²³.

Y he aquí, dice, una voz de la nube que dice: Éste es mi Hijo amado en el cual me he complacido. Escuchadlo. En esto reconocemos el Nuevo Testamento prometido de antiguo, confirmado ahora con la voz del Padre, para que, tras cesar la ley y los profetas, escucháramos al Hijo unigénito de Dios. Por eso el Señor, con toda razón, para confirmar este testamento, como si se tratara de un juicio público presentó cinco testigos; es decir, los tres apóstoles, Moisés y Elías, para que lo que el Padre testimoniaba sobre su Hijo, heredero de todo el mundo, lo sellaran escuchándolo los testigos idóneos que presentó.

6. Dice pues el Padre acerca del Hijo: *Éste es mi Hijo amado en el cual me he complacido. Escuchadlo.* ¿Qué lugar

les queda aquí a los herejes²⁴? ¿Qué ocasión de blasfemia se les deja? El Padre da testimonio desde el cielo: *Éste es mi Hijo amado*. No dijo: «Éste es el que yo creé», o «el que yo hice», sino: *Éste es mi Hijo amado*, como si dijera: «Éste es el que yo engendré». Diciendo: *Éste es mi hijo*, ha dado testimonio de que es su Hijo verdadero y propio, no por adopción, no por gracia, no por creación, sino con propiedad, en verdad, por naturaleza²⁵. Pues acostumbra a nombrar de otra forma a aquellos a quienes adopta como hijos por gracia. Y dice en verdad por Isaías: *Engendré hijos, y los ensalcé*²⁶; sin embargo, no dice «hijos míos». Y acerca de Israel: *Hijo primogénito Israel*²⁷; sin embargo no dice «mi hijo primogénito». En efecto, al llamarlo sólo «hijo», muestra su gracia de elección o de adopción. Pero al declarar que es «su Hijo» confiesa la propiedad y la verdad de la naturaleza. También da testimonio por Jeremías, diciendo de Israel: *Me he hecho padre de este Israel y Efraín es mi primogénito*²⁸. Pero no confiesa que Él sea el padre natural de Israel, sino más bien que ha querido ser padre de este pueblo por la gracia de su elección. No dice nada parecido acerca de su Hijo, sino sólo lo que pertenece a la profesión de la verdad de la naturaleza diciendo: *Éste es mi hijo amado*. Y con razón añadió: *Escuchadlo*. Mandó el Padre que sólo había que escucharle a Él, porque sólo Él ha nacido del Padre.

7. Y veamos también lo que confiesa de sí el mismo Hijo, a quien mandó el Padre que escucháramos. Dice el mismo Hijo unigénito de Dios, para mostrarnos el sacramento de su nacimiento divino: *Yo salí del Padre y vine al*

*mundo*²⁹. Cuando dice que Él salió de Dios Padre, ¿no confiesa claramente que no nació de alguna otra parte, sino del Padre? Pero, ¿por qué declaró que salió y no que nació, sino para mostrar que su naturaleza corporal y pasible provino del Padre? Pues el Padre no engendró al Hijo con detrimento alguno de su naturaleza, aunque lo engendró de sí; sino que el Padre incorpóreo profirió al Hijo incorpóreo con una generación impasible. Por eso también se dice al Hijo *Verbo de Dios*³⁰, porque se muestra que no procedió de ninguna otra parte sino de Dios, y se hace ver que nació de modo impasible del Padre.

8. Por tanto, cuando se produjo esta voz desde el cielo diciendo: «*Éste es mi Hijo amado, en el cual me he complacido, escuchadlo*», los apóstoles, oyéndolo, cayeron en tierra sobre su rostro y temieron fuertemente³¹. En esto nos damos cuenta de que se cumplió lo que había declarado David en el salmo diciendo: *El Altísimo desde el cielo mandó su voz*³², esta voz con la que dice: *Éste es mi Hijo el amado. Escuchadlo*. Tan pronto como los apóstoles oyeron esta voz cayeron en tierra. Pues no podían soportar una voz tan grande de Dios, hallándose como estaban todavía en esta carne mortal. Pues si la fragilidad humana no puede soportar la voz del trueno, ¿qué podemos pensar de aquella voz de Dios Padre, ante la cual no hay duda que temieron no sólo los apóstoles sino también los ángeles?

Por tanto, cuando después de oír la voz los apóstoles habían caído rostro en tierra y temían mucho, *se acercó Jesús, dice, y los tocó, y les dijo: «Levantaos y no temáis»*. *Y elevando sus ojos no vieron a nadie, sino a Jesús solo*³³. Manda el Señor a los discípulos que se levanten, para que

reconozcan en Él aquel de quien había hablado el Padre, y para reanimarles de su temor con la presencia salvadora de su condescendencia. Pues verdaderamente habrían podido morir a causa de tan gran pavor, si no hubieran sido confortados por la conversación y la vista del Señor.

Los apóstoles, tras oír el testimonio del Padre sobre el Hijo, cayeron rostro en tierra temblando sobremanera. Y los herejes que no quieren creer al testimonio del Padre sobre el Hijo, no temen a las Sagradas Escrituras³⁴.

Y bajando ellos del monte les mandó: «No contéis a nadie la visión, hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos». Pues no convenía que fuera revelada a los apóstoles esta gloria del Señor si no padecía antes el mismo unigénito Hijo de Dios por la salvación del género humano.

9. Y como estas acciones del Señor contienen también en sí una interpretación de las realidades espirituales, debemos reconocer qué se debe entender en ellas según el sentido figurado.

Pues al decir: *En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean al hijo del hombre que viene en su reino*³⁵, se nos muestra que muchos parecen estar ante la presencia del Señor: no sólo el pueblo de los cristianos, sino también los judíos por la ley, los herejes por la predicación del nombre de Cristo. Pero no podían ver al Hijo de Dios que viene en su reino sino los que el Señor había elegido para el reino por el mérito de su fe.

Y ocurrió después de seis días que tomó Jesús a Pedro, Santiago y su hermano Juan, los condujo aparte a un monte elevado y se transfiguró delante de ellos. Estos seis días contienen la figura de seis mil años. Pues leemos que está es-

crito: *Porque mil años ante tus ojos son como el día de ayer que pasó*³⁶. De donde es manifiesto que ante Dios (...) ³⁷ mostró su gloria, es decir que completados seis mil años, el Hijo de Dios va a venir en la gloria³⁸; no ya en la humildad de la carne como antiguamente a la pasión, sino al reino en la gloria de la majestad.

Y el monte aquel al que el Señor subió es una figura del reino celeste, en el que todos los santos y justos reinarán con Cristo. De este monte leemos que está escrito: *El monte, dice, que el Señor se ha complacido en habitar*³⁹.

Por otra parte, los tres apóstoles que fueron elegidos para ver la gloria del Señor son la figura de todos los santos, que vienen de los tres hijos de Noé, es decir: Sem, Cam y Jafet. A éstos el Hijo de Dios, una vez completados, como dijimos, seis mil años, los va a subir al reino en un monte elevado, es decir a la cumbre de los cielos, pues dice el mismo Señor: *Padre, quiero que donde yo estoy estén también estos conmigo para que vean mi gloria, porque me has amado antes de la fundación del mundo*⁴⁰. Por eso con razón había mandado antaño la ley al pueblo preparar los alimentos el día anterior al sábado, es decir el día sexto, para que pudieran el sábado descansar tranquilos. En lo que vemos que está prefigurado esto mismo, a saber, que en esta vida presente, en la que se computan seis mil años, nos preparemos como alimentos necesarios las obras de fe, piedad y misericordia, para que en el día del sábado, es decir en el reino futuro, en el que está el verdadero y eterno descanso del sábado, podamos tener la seguridad y el descanso de la vida perpetua.

10. Y la transfiguración del Señor, en la que su rostro resplandeció como el sol, contiene la semejanza de su glo-

ria inefable e inaudita, en la cual el Hijo de Dios reina con el Padre en los cielos. Él mismo es, en efecto, el sol de justicia⁴¹, que ilumina con aquella luz inaccesible⁴² de su claridad al coro de todos los santos.

Y las vestiduras del Señor que se hicieron blancas como la nieve son una figura de la carne del Señor, que Él transformó por la resurrección en la gloria de su divinidad. Además, para que sepamos que este candor de la nieve pertenece a la gloria de la divinidad, leemos que también Daniel, de modo parecido, dio testimonio acerca del Padre, cuando dice: *Continuaba mirando, hasta que fueron colocados unos asientos. Y he aquí que un hombre anciano en días se sentaba. Y sus vestidos eran blancos como la nieve y los cabellos de su cabeza como lana cándida. Su trono una llama de fuego y sus ruedas como fuego devorador. Y un río de fuego fluía ante él, y miles de millares le servían, y decenas de decenas de millares le asistían. Se sentó para juzgar y los libros se abrieron ante él*⁴³. Por eso también el Apocalipsis⁴⁴ dio testimonio de que había visto la cabeza del Señor como lana cándida, por lo que se nos declaró abiertamente la única e indivisa gloria de la divinidad del Padre y el Hijo, pues vemos que lo mismo que se dijo del Padre se nos ha contado del Hijo.

Por otra parte, Moisés y Elías, que hablaban con el Señor dando testimonio *de su salida, que iba a completar en Jerusalén*⁴⁵, contienen una figura de la ley y los profetas, que anunciaron también la pasión futura del Señor y serán los acusadores de aquel pueblo incrédulo, de Israel, que no quiso creer ni a Moisés ni a los profetas acerca del Hijo de Dios. Por eso con toda razón declaró el mismo Señor en el

Evangelio, diciendo a los mismos judíos: *Si creyeráis a Moisés, acaso me creeríais también a mí: pues él escribió de mí. Pero si no creéis a lo que escribió, ¿cómo creeréis a mis palabras?*⁴⁶. Y otra vez: *Escrutáis las Escrituras en las cuales pensáis tener vida eterna: y son ellas las que dan testimonio de mí*⁴⁷.

Y en las tres tiendas de las cuales dice Pedro al Señor: *Señor, si quieres, haré tres tiendas*, los mayores⁴⁸ entendieron significadas tres moradas, es decir la del cielo, la del paraíso y la de la tierra, que fueron prometidas por el Señor a todos los creyentes según la cualidad de los méritos, tanto por medio de Moisés, es decir por la ley, como también por Elías, es decir por los profetas, como por el mismo Señor, es decir por la predicación evangélica. De estas moradas dice también el Señor en el Evangelio: *Hay muchas moradas en la casa de mi Padre*⁴⁹. Cuando dice «muchas» muestra la diversidad de los méritos. Por eso también antiguamente se mandó hacer el arca dividida en tres compartimentos⁵⁰ a semejanza de la Iglesia, para que allí también se mostrara la diversidad de las moradas, de las cuales encontramos escrito en Isaías donde se dice: *Volarán como las águilas*⁵¹, es decir aquellos a quienes se les debe la morada celeste. Y añadió: *Corren y no se fatigarán*⁵², es decir aquellos que serán trasladados al paraíso; *caminarán y no pasarán hambre*⁵³, aquellos sin duda que reinarán en la tierra una vez renovado el mundo. También puedes entender esto mismo en el

triple fruto de aquella tierra óptima, es decir en el ciento, el sesenta y el treinta por uno⁵⁴.

11. Y el que entonces no hubiera respuesta del Señor a Pedro, se entiende en el sentido de que todavía no había llegado el tiempo del reino. Y es que se apresuraba y no sabía lo que decía porque antes de la pasión del Señor, antes del tiempo del reino, ya quería reinar. Y en la nube que cubrió a los apóstoles reconocemos que se muestra la predicación evangélica y la gracia espiritual. A semejanza de esta realidad leemos que, antaño, el pueblo liberado de Egipto fue cubierto por una columna de nube⁵⁵. Esto mismo mostraba que todos los creyentes en Cristo habían de ser cubiertos por esta nube con una gracia celeste y espiritual.

En la voz que, desde el cielo, dijo por entre la nube: *Éste es mi Hijo*, reconocemos que se ha confirmado el testamento nuevo, por el que el Padre manifiesta su Hijo al género humano y declara que hay que escucharle a Él, después de cesar ya la ley y los profetas. Él es, en efecto, el que era anunciado por la ley y los profetas como el que iba a venir para la salvación del género humano, el Señor de la ley y los profetas, a quien el Padre quiso manifestar al género humano; porque también el Hijo manifestó el Padre a todos según lo que el mismo Señor dice en el Evangelio: *Padre, he manifestado tu nombre a los hombres*⁵⁶. Manifestó también el Padre al Hijo cuando dio testimonio de que aquél era su Hijo en sentido propio.

Y en el hecho de que a la vez todos los justos, es decir los apóstoles y Moisés y Elías, fueron cubiertos junto con el Señor por una sola nube en aquella gloria, y se oyó la voz del Padre, descubrimos que no sólo la ley y la profecía, sino también la predicación evangélica se juntan en una

sola cosa unidas entre sí, y no se separan en nada de la promesa de la gracia celeste. Por lo que, a no ser que cada uno de nosotros haya recibido fielmente en una sola predicación de la fe a Moisés, es decir la ley, y a Elías, es decir el anuncio profético, y a los apóstoles, es decir la predicación evangélica, no podrá reinar con el Hijo de Dios en aquella gloria celeste. En efecto, de tal modo concuerda y se ajusta en todo entre sí tanto la predicación del Antiguo como la del Nuevo Testamento que de ninguna forma pueden separarse; y el autor de los dos testamentos es el unigénito Hijo de Dios,